



Dos mundos en guerra: El territorio donde se libra la batalla es la moral

*Two worlds at war
The morale is the territory where
the battle is fought*

Marco Tulio Arévalo Morales

Universidad de San Carlos de Guatemala
marcotulioarevalo@yahoo.com

Resumen: Existe una oposición entre el mundo de los escolásticos, centrado en cuestiones teológicas y metafísicas, y el mundo moderno, más interesado por el avance de la ciencia natural y el bienestar material. Esta oposición se nutre del positivismo de Comte. El que la modernidad se ocupe más de la ciencia no es una opción o elección, es inevitable, pues lo único que le queda es la immanencia pura del conocimiento. Comte saca de la teoría del conocimiento kantiana sus últimas consecuencias y un terreno donde esto se aprecia con más claridad es en la fundamentación de la moral.

Palabras clave: escolástica, Edad Media, Modernidad, Augusto Comte, immanencia

Abstract: There is an opposition between the world of the scholastics, focused on theological and metaphysical questions, and the modern world, more interested in the advancement of natural science and material well-being. This opposition feeds on the positivism of Comte. The fact that modernity deals more with science is not an option or choice, it is inevitable, for all that remains is the pure immanence of knowledge. Comte draws its ultimate consequences from the Kantian theory of knowledge, and one area where this is most clearly appreciated is in the foundation of morality.

Keywords: scholastics, Middle Ages, Modernity, Auguste Comte, immanence

*«Dos amores fundaron dos ciudades, a saber:
la terrena el amor propio hasta llegar a menospreciar a Dios,
la celestial el amor a Dios
hasta llegar al desprecio del sí propio»
(San Agustín)*

A la mirada atenta de un observador preparado se mostraría que existe una oposición entre el mundo de los escolásticos, que estaría centrado en cuestiones teológicas y metafísicas, y el mundo moderno, más interesado por el avance de la ciencia y el bienestar material. Al menos, esa percepción tenemos los hombres modernos de este nuevo siglo que lleva ya veinte años; pero la tuvieron otros desde finales del siglo XVIII y más aún en el XIX y XX.

La visión que tenemos de la Edad Media —en cuyo seno se cultivó la escolástica inicialmente y en la cual llegó a su plenitud— es esa. Pero cabe otra posibilidad: ¿No será solo un espejismo creado por nuestras propias emociones o necesidades espirituales no resueltas, lo que nos lleva a verlo así?

Quizá en apoyo de la idea del contraste quedan las catedrales románicas y góticas, las que testimonian la fe de una época que no comprendemos bien, dado nuestro prejuicio cientificista heredero del positivismo comteano. Este esfuerzo arquitectónico nos dice mucho de lo que ahora pensamos. Era una época centrada en Dios y por ello la fe ocupó un lugar que ahora no tiene, al menos la fe en un Dios trascendente y personal, que nos llama a la amistad con él y que se revela en Jesucristo. ¿Pero no será que lo vemos así porque el positivismo de Comte, entre otros, nos llevó a ello? ¿O será que nuestro afán de pensar todo en forma dialéctica nos lleva a buscar siempre oposición entre contrarios y por ello pensamos el pasado frente al presente como si se tratara de dos mundos diversos que están entre sí en guerra, pues ambos postulan —a nuestro juicio— hechos y principios que de suyo lo son, sin que esto implique validar la visión dialéctica como tal?

¿Cómo resolver esta cuestión? El objeto de este artículo es justamente trazar lo que pudiera ser una ruta para este propósito y proponer una respuesta al interrogante inicial, pero no desde lo que suele decirse de esta época, sino desde una perspectiva que lo haga evidente por sí solo; dicho de otra forma, no porque suele decirse que así es, sino porque efectivamente encontramos pruebas de ello. Esto nos llevará al territorio poco conocido de la filosofía de la cultura y la filosofía de la historia, pues creemos es en este donde puede esclarecerse la cuestión. Aquí proponemos como una clave una relectura de Augusto Comte y su visión particular de la historia del pensamiento.

Puede decirse, siguiendo a María Ángeles Vitoria

que el ambiente del que parte Comte es primordialmente el enciclopédico, con su extrema valoración de la ciencia, y sus crecientes modulaciones historicistas, junto a las preocupaciones sociales de principios del siglo XIX, ya latentes en los filósofos ilustrados. Tienen especial influjo en él D'Alembert, Montesquieu, Turgot y Condorcet. Además, en cuanto a la crítica de la metafísica, indudablemente Comte se inspira en el empirismo de Hume, al que señala en el *Cathéchisme positiviste* como su principal precursor en filosofía. Y, de modo más inmediato, en lo que concierne a sus ideas científicas y sociales, depende de Saint-Simon. (Vitoria, 2009)

Lo anterior nos da la pauta de que su pensamiento sigue una línea que va desde Hume pasando por los ilustrados, hasta llegar a él.

1

Para ello comenzaremos presentando la forma en la que suele mostrarse el dilema: uno es el que adoptó la historia como suele ser narrada, consistente en oponer Edad Media, por mediocre o que simplemente esté en medio entre la antigüedad clásica y la Edad Moderna, llamada así por nueva o actual. Se debe a Cristóbal Cellarius, (1638-1707, en alemán: Cristoph Keller), quien fue un historiador alemán y profesor de retórica e historia en la Universidad de Halle. Este es conocido por la introducción de la división clásica de las Edades de la historia occidental en Antigua, Media y Moderna (Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico, s. f.).

Quizá lo hizo con un afán meramente didáctico, pues aparece en un manual escolar de historia antigua editado en 1685 y, dada la difusión, le indujo a repetirla en otro, de mayor extensión, publicado en Jena en 1688.

Este enfoque fue cultivado con entusiasmo por los enciclopedistas y dio pauta de ello la ilustración. Luego llegará Augusto Comte, como se recordó, dándole un ropaje conceptual. A esto mismo Maritain le dará una forma más acabada en su obra *Humanismo Integral* presentándolo como la edad teocéntrica frente a la edad antropocéntrica, pero este autor nos parece que sí llega a fundamentar la cuestión de fondo y aporta una fundamentación a la respuesta.

Sin embargo, a este no nos dedicaremos por exceder los límites trazados, pero con la reserva de hacerlo en otro artículo sobre el particular, eso sí, sin dejar de mencionar algunas de sus ideas, sobre todo las expuestas en su conferencia *La Tragedia del Humanismo*, que fue la primera de seis conferencias dictadas por Maritain en 1934, con el título *Problemas espirituales y temporales de una nueva cristiandad*, en la Universidad Internacional de verano de Santander,

España, las que, dos años más tarde, y con algunos agregados, darían forma a su capital obra *Humanismo Integral*.

A nuestro juicio, la sola oposición de medioevo y modernidad como dos polos opuestos y enfrentados, se nutre sobre todo del positivismo comteano. Recordemos que Augusto Comte (1798-1857), comúnmente considerado el iniciador del positivismo y de la sociología científica, lanzó con gran fuerza y acierto —si lo queremos ver en términos de incidencia— la que él llamó ley de los tres estadios.

En ella se contiene su crítica a la religión y a la metafísica, y la declaración de su positivismo. Esta posición teórica es, paradójicamente, una *filosofía antifilosófica*, que considera conocimiento auténtico sólo [sic] el conocimiento científico-experimental, declarando vana e inútil la pretensión sapiencial de la filosofía. El positivismo comteano, al menos en su instancia científicista, fue la filosofía dominante en buena parte del siglo XIX. (Vitoria, 2009)

Evidentemente Comte siembra y labra sobre un terreno ya preparado por los siglos de modernidad, con el eco que en la cultura tienen el racionalismo y el empirismo como únicos métodos de conocimiento de la realidad, que de suyo descartan todo aquello de lo que puede ocuparse la escolástica medieval, sobre todo el ser tanto en su consideración metafísica y teológica, es decir, el Ser (con mayúscula) y Dios como se muestra en la Revelación.

Y justamente esta es la ruta que proponemos para resolver la pregunta inicial. La oposición se da de suyo, no porque ambos mundos estén ocupados o enfocados a lo suyo, sino más bien porque uno no puede ver lo que el otro ve: la postura actual está cerrada a lo trascendente, mientras que la escolástica medieval de suyo no lo hizo ni surge de la misma un rechazo *per se* a la ciencia natural y menos aún experimental. El que la modernidad en su actual estado se ocupe más de la ciencia y de bienestar material es el resultado de su forma de pensar —filosóficamente hablando—, que le lleva a ello; no es en sí una opción o elección, es inevitable hacerlo de esta forma, pues lo único que le queda es la inmanencia. Ya lo decía Jean Guitton: «El hombre moderno teme lo trascendente y si hombre no siente esta dimensión no siente verdaderamente la religión» (Guitton, 1967).

Ya en otro lugar hemos planteado la tesis que el inmanentismo es para Occidente un fundamentalismo cultural (Arévalo, 2019). A tal grado se advierte esto, que se ha caído en el nihilismo total en cuanto a la religión y se le rebaja a fenómeno psíquico propio del hombre primitivo que por no poseer ciencia cae en la superstición haciendo eco de nuevo de lo que Comte postula.

Visto así, se da una oposición y puede, por ello, decirse que se trata de dos mundos diferentes, dos mundos que aun así conviven en cierto modo dentro de Occidente; sobre todo, dos mundos que se enfrentan a diario, hasta el punto

de que puede hablarse de mundos en guerra, como es el título de este artículo. Una prueba empírica de esto son los ya usuales continuos ataques a lugares de la fe cristiana, tanto en Sudamérica como en Europa o Estados Unidos por grupos de diversa índole pero que tienen lo mismo en común.

Se dijo que ambos mundos están en pugna no propiamente porque estén enfocados a lo suyo, como si fuese todo fruto de una elección; es más bien porque no ven igual. Uno ve lo que el otro no ve. Y dicha mirada está inscrita en la filosofía, más bien tiene por firma la filosofía misma y por ello es imposible que vean; y mientras esto no se entienda de manera clara, estos mundos en guerra tendrán sus alzas y bajas. El que los modernos terminaran prisioneros de la inmanencia subjetiva deriva del acto de conocimiento y por ello temen lo trascendente, como afirmó Guitton. En nuestro estudio (Arévalo, 2019) sobre la inmanencia como fundamentalismo cultural en Occidente puede verse con más detenimiento esta tesis.

2

Según Comte (Vitoria, 2009), «el hombre individual y la historia humana llegan a la perfección del conocimiento a través de una evolución lenta que sigue, de modo necesario, la misma ley». Y luego, citando a Comte nos dice:

Estudiando el desarrollo total de la inteligencia humana, en sus diversas esferas de actividad, desde su primera manifestación más simple hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental, a la que se halla sometida, por una necesidad invariable, y que, me parece, puede establecerse con pruebas racionales y también por medio de la verificación histórica. (*Curso de filosofía positiva*)

Pero a ello hacemos el siguiente reparo. Lo anteriormente citado puede ser valedero en algunos casos, sobre todo del conocimiento empírico fundado en prueba y error, conocimiento que es útil para la vida diaria y no por ello menos importante, pero no puede decirse que sea así en todos los casos.

Vemos cómo en la modernidad, y sobre todo hoy, solo se privilegia el conocimiento que conduce a lo útil y por ello, lo que los medievales consideraban conocimiento de rango mayor centrado en cuestiones teológicas y metafísicas, queda automáticamente fuera.

María de los Ángeles Vitoria describe sucintamente los grandes momentos de esta ley citando directamente a nuestro autor:

Esta ley consiste en que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio; el estado metafísico o abstracto; el estado científico o positivo (...) De ahí resultan tres clases de filosofía o de

sistemas generales de concepciones sobre el conjunto de los fenómenos, que se excluyen mutuamente: la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo y definitivo; la segunda sólo [sic] está destinada a servir de transición. (*Curso de filosofía positiva*)

Un elemento que asoma en este planteamiento es propio de la modernidad y ya Descartes lo señalaba como las reglas del método para cualquier conocimiento y que pueden resumirse en cuatro fundamentales, enunciadas por este en su *Discurso del método*: Una de ellas, en particular, es aquí la clave: la regla del Análisis. Esta la enuncia así nuestro autor: «Dividir cada una de las dificultades que han de examinarse en tantas partes como fuera posible y como requiriese para resolverlas mejor».

Siguiendo esta regla, un determinado problema que sea menester estudiar no es más que un conjunto medular de ideas complejas. Analizar consiste en descomponer lo complejo en sus elementos simples, elementos estos que podrán ser susceptibles de ser intuitos como ideas claras y distintas, esto es: evidentes. Se aplica aquí dicho método a la historia misma y por ello se crean dichas categorías; pero estas surgen de cómo se está viendo el objeto de estudio, no cómo este es en cuanto tal y de ahí la distorsión que de ello surge. Por esta vía se reduce lo complejo a lo simple. Al final pues, estamos ante un simplismo en el cual se da una confusión de lenguaje. Aparte de todo, que ese «estar viendo» presupone una toma de posición frente a lo teológico y metafísico y he aquí el núcleo del problema.

Estamos ante una de las claves de la ciencia moderna: el reduccionismo. Es este mismo lo que hará que, considerar la realidad de un modo no científico o apegado a este, sea algo impensable.

Como señala de manera amplia Héctor Mancini (Mancini, 1995):

La ciencia necesita del reduccionismo operativo. Salvo algunos casos muy elementales, no se puede expresar nunca toda la realidad simultáneamente en un discurso finito. Aprehender toda la realidad simultáneamente se llama contemplación. La ciencia nace del interés en predecir determinados aspectos del futuro y controlarlos y esto excluye, como es fácil intuir, realizar esta operación simultáneamente sobre toda la realidad. Debemos contentarnos con la reducción a unos pocos aspectos de interés.

Y la Edad Media —con la escolástica al frente pero no solo con ella, sino con todo su ser—, precisamente se orienta a la contemplación y no a la reducción que demanda *per se* dicho método.

Continua Mancini:

En un lapso de ochenta años, muere Leonardo da Vinci, considerada una de las mentes más brillantes de la humanidad y nace Galileo Galilei en quien, *a posteriori*, se ha visto el origen del método científico moderno. ¿Qué diferencia importante hay entre ambos? ¿Por qué de los trabajos científicos de Leonardo quedan en la física unas pocas consideraciones? ¿Qué hace de Galileo un pilar del edificio científico contemporáneo? Simplemente, en Galileo se encuentran presentes todos los elementos de la ciencia actual y en Leonardo no, en particular, el reduccionismo. En su observación de la naturaleza, Leonardo se planteaba problemas globales como el vuelo de las aves, la turbulencia de las aguas, la aparición de las formas en la naturaleza... problemas que en muchos casos aún no ha resuelto en detalle la ciencia contemporánea. El análisis completo de esos problemas descompuesto en elementos simples y evidentes, derivables de primeros principios, necesita de un esfuerzo formidable.

Esta globalidad que se plantea Leonardo —que lo lleva al arte pictórico entre otras realizaciones— es justamente lo que la Modernidad rechaza en aras de la especialización y la reducción. Por ello se da otra incompatibilidad —ya de origen— entre un mundo y otro, entre el mundo medieval y el mundo moderno. Pero el elemento clave aquí es que en Galileo —nos dice— se encuentran presentes todos los elementos de la ciencia actual y en Leonardo no, en particular, el reduccionismo; y por este mismo reduccionismo es que el mundo de hoy en la modernidad se queda con la parte, en lugar de acceder al todo. Per se esto lleva al mundo actual a lo fáctico e instrumental, obviando la contemplación. Sobre todo, la contemplación del ser, tarea propia de la metafísica.

3

Veamos en un texto capital de la filosofía comteana, que muestra su pensamiento, para que sea más comprensible el punto:

En el estadio teológico, el espíritu humano, al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, las causas primeras y finales de todos los efectos que percibe, en una palabra, hacia los conocimientos absolutos, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales, más o menos numerosos, cuya intervención arbitraria explica todas las anomalías aparentes del universo. (*Curso de filosofía positiva*).

Aquí vemos algo curioso —por decir lo menos—, pues da por hecho o dado algo. Veámoslo de nuevo; dice, «se representan los fenómenos como

producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales», da pues ya una conclusión y la asume, lo cual en sí no altera nada, pues podría ser de esa forma, cabalmente pueden darse dichos agentes y que estos sean la causa de lo observado; pero de entrada, que así fuere, lo considera algo que no es relevante, no quiere verlo de este modo y su intervención no es apreciada y ni siquiera vista como posible y aun más, legítima.

Luego repasemos el siguiente estadio. Dice así:

En el estadio metafísico, que no es en el fondo más que una simple modificación general del primero, se sustituyen los agentes sobrenaturales por fuerzas abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas), inherentes a los diversos seres del mundo, y concebidas como capaces de engendrar por ellas mismas todos los fenómenos observados, cuya explicación consiste, entonces, en asignar a cada uno de ellos la entidad correspondiente. (*Curso de Filosofía positiva*)

Si así se trata la cuestión, si dicho estadio es «en el fondo más que una simple modificación general del primero» queda abierta la puerta para la dicotomía propia de la pregunta inicial: ¿existe una oposición entre el mundo de los escolásticos, que estaría centrado en cuestiones teológicas y metafísicas, y el mundo moderno, más interesado por el avance de la ciencia y el bienestar material? Pues, si se sigue este esquema simplista de la historia, es claro que se da dicha oposición y, si esto se difunde así, se acentúa la misma. Algo que recuerda el título de la obra de García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*.

Se ha creado ya el clima para que florezca la idea dominante de hoy en la cultura sobre la incompatibilidad de la Edad Media con sus valores y la actual; pero ¿no será que más que ser algo de suyo propio es algo que se ha «vendido» y cuyo sustento es un tanto débil? Dicho de otra manera, ¿no será que si en la educación superior de hoy se incluyera el estudio de las cuestiones teológicas y metafísicas desde una perspectiva sana vería florecer ambos campos y no una guerra aparente entre estos?

Una prueba empírica de lo anterior es lo que ya Mariano Grondona tituló en un antiguo artículo suyo en una la revista *Visión, El Regreso Triunfal de las Religiones*. Esto puede verse en el mundo no Occidental como el islámico o el indio, para poner dos casos; pero alguien diría que esto es así, porque siguen atrapados en el estadio teológico, a ello se responde la gran desarrollo tecnológico de países como China e India, para poner dos casos; sin mencionar a Japón entre otros, lo que conlleva un mentís a la teoría de Comte, desde el terreno de la práctica; pero en Occidente se da una difusión de la misma espiritualidad hindú, del budismo y del islamismo, lo cual prueba que, más que rechazar la religión como tal, lo que se da es un abandono del cristianismo y un

rechazo a este, pero la necesidad de espiritualidad sigue viva y demandante. Es lo que Viktor Frankl llamó «la presencia ignorada de Dios».

4

Por último, Comte nos lanza a lo que bien puede encajar en nuestro mundo moderno actual en guerra con el medioevo. Con mucho entusiasmo nos dice:

En fin, en el estadio positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a descubrir, con el empleo bien combinado del razonamiento y la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de semejanza. La explicación de los hechos, reducida entonces a sus términos reales, no es ahora ya más que la unión establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales que los progresos de la ciencia tienden cada vez más a disminuir en número. (*Curso de Filosofía positiva*)

Llama la atención lo contundente de sus afirmaciones. En primer término, señala que «el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo», y dicha imposibilidad está ya contenida en el nominalismo como tal, no fruto de una conclusión sino más bien como una decisión de que así sea. Lo paradójico es que, a sus afirmaciones, como todo escéptico, sí les da el carácter de absolutas.

Ese renunciar lo mutila a comprender el sentido de lo que existe. Por ello queda la humanidad moderna desprovista de este y cae en el vacío, el cual en el caso del hombre se llamará «vacío o frustración existencial», en expresión de Viktor Frankl. Es la crisis del hombre de hoy, varón o mujer, que existe, que aprovecha las cosas del mundo en el que vive, que lucha por que su vida se prolongue lo más posible, pero no sabe por qué ni para qué vive. Se trata de un rasgo propio de la modernidad, no se sabe nada ni se quiere hablar del origen, en cuanto esto nos lleva a Dios —al menos como hipótesis más probable—, ello para no contar con lo que más se rechaza: la revelación de este mismo Dios en la persona de Jesucristo, dada a la humanidad a través del pueblo de Israel y recogida en la antigüedad y arropada por la misma filosofía grecolatina.

No cabe duda de que esa «explicación de los hechos, reducida entonces a sus términos reales, no es ahora ya más que la unión establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales que los progresos de la ciencia tienden cada vez más a disminuir en número» revela un Comte cientificista puro e ingenuo de fines del siglo XIX; pues hoy la misma ciencia lejos

de llegar a esa disminución, cada vez que avanza más en sus descubrimientos y en sus aplicaciones, se enfrenta a nuevos horizontes por explorar.

Esto se comprueba en diversos campos, desde la biología y la química hasta la geología o la física. Aquí de nuevo se transparentan los rasgos propios del método de la ciencia de hoy, los que incluyen, según señala Mancini (Mancini, 1995), el

reduccionismo, es decir, la reducción del problema a unos pocos aspectos centrales que interesa predecir. La verificabilidad, para controlar la certeza de sus descubrimientos, la ciencia utiliza el experimento como criterio para controlar la verdad (relación de identidad —*adaequatio*— entre una sucesión de números resultado de un experimento y los obtenidos de una teoría).

A lo anterior se une el modelo matemático, pues los conocimientos verificados se resumen en un «modelo matemático» constituido por ecuaciones que son a la vez matemáticas y dimensionales.

5

Pero volvamos a Comte:

El sistema teológico llegó a la más elevada perfección de que es susceptible, cuando sustituyó el juego vario de las numerosas divinidades independientes, que habían sido ideados primitivamente, por la acción providencial de un ser único. Asimismo, la culminación del sistema metafísico consiste en concebir, en vez de entidades particulares, una sola entidad general, la naturaleza, considerada como fuente única de todos los fenómenos. Análogamente, la perfección del sistema positivo, hacia la que tiende sin cesar, aun cuando sea muy probable que no lo logre nunca, será el poder representarse todos los fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general: por ejemplo, el de la gravitación universal. (*Curso de filosofía positiva*)

Resulta clara la visión de Comte en cuanto las divinidades o la divinidad son creación o ideación humana, junto a la idea —también falsa— de confundir la naturaleza como un todo al que se le da categoría de entidad personal con la visión metafísica de que los seres poseen una naturaleza. En esta cita se puede ver el desconocimiento de la metafísica realista propia de la escolástica más lograda, como lo es el pensamiento aristotélico tomista¹. Luego algo que es propio de esta visión —ya señalado anteriormente: el reduccionismo—; puesto que señala como fin último llegar a «poder representarse todos los fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general».

¹ Véase al respecto la obra de Étienne Gilson, *El realismo metódico*.

6

La conclusión es clara: sí existe oposición entre ambos mundos, entre el mundo de la escolástica tomada la expresión en su generalidad y el mundo de la ciencia moderna. Existe porque se ha creído la versión de la historia que Comte entre otros difundió terminado de fundamentar algo que ya latía en la cultura occidental y sobre todo porque ambos mundos, partiendo de premisas diferentes, no llegan a cruzarse. Además, esto se debe a que el mundo moderno, por definición, se cierra a la trascendencia y no puede por sus postulados epistemológicos propios ver más allá. Pero esta oposición no es solo conceptual o de enfoque, no se queda en un marco de referencia; es mucho más que eso. Se trata de una oposición violenta y negadora, principalmente por parte de la modernidad en su estadio actual. Lo vemos en hechos contra toda lógica racional como la destrucción de templos y la profanación de lugares sagrados en ciudades de Occidente o la exaltación de la libertad transformada en absoluta.

La ciencia natural viene así a sustituir todo conocimiento que no le brinda esta, el cual *a priori* es rechazado y por tanto se cierra el mundo moderno a esta visión y lo que ella conlleva; se cierra sobre todo a la consideración de la realidad plena, tanto la realidad material como el orden espiritual. Esto a lo que Comte se atreve, no es más que la culminación de la visión kantiana del conocimiento, algo a lo que aquí no nos hemos referido. Puede decirse por ello que Comte llega hasta donde Kant ha señalado. Comte saca de la teoría del conocimiento kantiana sus últimas consecuencias y como él mismo recuerda, de Hume. Señala al respecto Jacques Maritain:

Con Kant todo ha cambiado. Podríamos decir que la filosofía kantiana es el ejemplo de una filosofía moral a la cual la influencia (mal recibida) del cristianismo ha contribuido a desviar; es una filosofía moral cristiana, pero falseada. Kant ha tratado de trasponer dentro del registro y los límites de la pura razón —lo cual, ya de por sí, implicaba deformarla completamente— la moral revelada tal como nos la presenta la tradición judeocristiana. Procuró conservar la absolutización judeocristiana de la moralidad en una ética de la pura razón, que se desembarazaba de todo elemento propiamente revelado o sobrenatural. De ahí la insistencia de la moral kantiana sobre el desinterés. (Maritain, 1966)

Pero no se trata solo de un olvido o de un resultado de determinado enfoque metodológico, también se busca dejar de lado todo aquello que la consideración de la realidad como tal implique para la vida humana, es decir, dejar de lado la ley moral natural que queda así sin asidero firme en la realidad y, por lo mismo, el hombre queda solo con su libertad que se torna absoluta.

La moral se torna así, de heterónoma en una moral autónoma. Esto significa que el bien y el mal moral no lo determina ya la realidad humana en cuanto la naturaleza humana ya no es la medida de la misma. Maritain lo dice así:

En esta perspectiva ética, el bien moral está fundado en la realidad extramental: Dios, la naturaleza de las cosas, y especialmente la naturaleza humana, la ley natural. Es la perspectiva de la conciencia común de la humanidad, y es la verdadera y auténtica perspectiva de la filosofía moral. (Maritain, 1966)

En cambio, en el sistema de moral autónoma queda sujeta a la voluntad del hombre, pero una voluntad sin atadura ya no cuenta esa realidad extramental, que señala Maritain como límite, sino solamente el hombre con su propia razón, la que queda así, elevada al rango de absoluta.

Por ello se hizo al inicio la cita de la obra de San Agustín *La ciudad de Dios*, donde este santo doctor alude a que dos amores fundaron dos ciudades. El positivismo comteano le dará *al amor propio del hombre que llega hasta menospreciar a Dios* una justificación gnoseológica. Con ello dará consumación a lo que Kant promovió con su particular teoría del conocimiento.

Por ello mismo, estamos ante dos mundos en guerra, puesto que no pueden coexistir por principio, de tal manera que se requiere como solución al conflicto el relativismo y la tolerancia fundada en la idea que no hay verdad que buscar y encontrar. Como menciona el mismo Maritain:

En consecuencia, se ha creído poder establecer una concepción del conocimiento de las cosas morales que estaría desembarazada de todo juicio de valor que haya de formularse como verdadero, y de toda regla de conducta que haya de proponerse como objetivamente requerida; en una palabra, de todo carácter normativo; y aun no nos hemos liberado en nuestras escuelas universitarias de esta concepción. (Maritain, 1966)

Referencias

Arévalo, M. T. (2019). La inmanencia como fundamentalismo cultural. *Revista de Filosofía*, (6), 1–12.

Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico. (s. f.). Cellarius, Christoph, 1638-1707. Recuperado el 1 de diciembre de 2020, de https://bvpb.mcu.es/es/consulta_aut/registro.do?id=30653

Guitton, J. (1967). *Diálogos con Pablo VI*. Ediciones Guadarrama.

Mancini, H. L. (1995). Sociedad, ciencia y fe: la perspectiva de un físico. *Nuestro Tiempo*, 1–12.

Maritain, J. (1966). *Lecciones fundamentales de filosofía moral*. Club de lectores.

Vitoria, M. A. (2009). Augusto Comte. Recuperado el 1 de diciembre de 2020, de <http://www.philosophica.info/archivo/2009/voces/comte/Comte.html>